

Seriales

ROLANDO PÉREZ BETANCOURT

MI PADRE nunca me habló de películas vistas en el cine, sino de seriales. Todavía en los años sesenta del pasado siglo trataba de emocionarme contándome capítulos de **La Moneda rota** (*The Broken Coin*, Francis Ford, 1915) o de **Rocamble**, el buen ladrón de los guantes blancos concebido por Ponson du Terrail (1829-1871) en folletines que terminaron con la tradición de la novela gótica y que en pantalla tuvo cinco versiones.

La primera de ellas (Georges Denola, 1914) fue seguramente la que vio él durante 15 visitas al cine.

Aquellos seriales rocamboleros, que muy pronto serían casi por completo de producción estadounidense, le sirvieron a la cinematografía de ese país para instalarse definitivamente lo mismo en Cuba que en otros países latinoamericanos y acabar con el predominio del cine europeo, en especial el italiano.

La técnica para enganchar al espectador fue muy similar a la puesta en práctica por el vizconde du Terrail: hechos extraordinarios y un personaje tan atractivo como inverosímil puesto en constante peligro. (Si se repasa la vida de Rocamble se verá cómo no pocos aspectos estarán presentes en posteriores referencias de la literatura, el cómic y el cine de aventura: huérfano que sufrió bajo la férula de una madrastra abusiva, prisionero durante años, protegido por un noble, cojo y desfigurado, cabecilla de una banda de malhechores y luego redimido para ponerse al servicio de la justicia, al tiempo que se convertía en un caballero elegante y vengador).

Seriales de doce o quince capítulos, concluido cada uno de ellos con un denominado "final de

precipicio", es decir, el héroe se caía barranco abajo y los espectadores se llevaban a la cama la incertidumbre de cómo saldría de aquella muerte segura, solo para después encontrárselo aferrado a un arbusto y dispuesto a seguir en la pelea.

En ocasiones no había ni arbusito ni tablita salvadora de ningún tipo y el final se cambiaba descaradamente, como lo descubrí con gritos de protesta no en el cine, sino en la televisión, en donde comenzaron a pasarse los seriales de la pantalla grande cuando la nueva tecnología pareció que se llevaría en la golilla el entretenimiento de nuestros abuelos, nacido popularmente como cinematógrafo a principios del siglo XX.

Entre aquellos seriales que dieron el salto a la pantalla chica y cautivaron se encuentra **Flash Gordon conquistador del Universo**, del año 1940, que hizo que los muchachos quisieran parecerse al atlético Buster Grabbe (corría como si flotara), quizá el más importante de los paladines siderales enfrentados a sabios demoníacos empeñados en dominar la Tierra.

Pero antes, como niño espectador, alcancé a ver seriales en el cine Chic, de Mantilla, allá en 1953-1954. Mi hermano Roberto había pintado los carteles de promoción del **Capitán Marvel** y me coló sin pagar. Días después tuvo que recogerme del piso con la cabeza rota cuando, toalla al cuello cual capa voladora, pronuncié encaramado en una silla el grito mágico del héroe, ¡Shazzán!, y salté al vacío.

Producidos por Hollywood fundamentalmente, los seriales siguieron desarrollándose en la televi-



Flash Gordon.

sión sin perder su impronta de "producto comercial seguidor de patrones": buenos muy buenos y malos muy malos enfrentados en eterna batalla, sin que ella conllevara a planteamientos sociales cuestionadores del sistema. En el aspecto técnico, resaltaba una profesionalidad para el medio, la tv, pero nunca sin tratar de alcanzar tallas artísticas afines al cine que pusieran en peligro los esquemas regidores de una historia que, a toda costa, debía dejarse llevar por un ritmo dinámico, sin el cual —aseguraban los especialistas— no habría audiencia.

Así fue hasta que a finales de los años 90 del siglo pasado, algunos patrones comenzaron a ser subvertidos mediante propuestas artísticas que negaban experiencias hasta entonces acumuladas. Y comenzaron a verse historias que resaltaban por su originalidad, sus guiones más trabajados, personajes complejos, densidad dramática, cabos sueltos, actuaciones de primera y nada de mojigaterías.

No son pocos lo que señalan **Los sopranos** (David Chase, HBO, 1999) como el primero en abrir el camino hacia un nuevo tipo de seriales de alta calidad, esos que ahora mismo hacen que muchos los prefieran, por encima de las películas.

Oficio casi invisible

VENTURA DE JESÚS



ALFREDO ZALDÍVAR, Premio Nacional de Edición 2012, confiesa que se realiza haciendo libros de otros aunque admite que el oficio de editor es poco reconocido, incluso por los autores.

Se define como un poeta mancebo que nació en Sojo Tres, en Holguín. "Mi padre era un guajiro que tenía una vocación de instrucción nada común. Cuando abrí los ojos puso frente a mí un manual de ortografía, la aritmética de Baldor, un álbum de geografía y su colección de Bohemia. Luego tendría que añadir a esto el estoicismo de mi madre. A ella le debo la constancia, el camino, la conciencia de que no se deja nada a medias".

A Matanzas llegó con 16 años, descubrió la poesía, supo que era escritor y empezó a incursionar en ese mundo que desde niño lo había fascinado. "Aquí conocí que los escritores eran tangibles. En la casona de Vigía, en 1985, comenzó mi carrera de editor, algo que quizás he sido siempre. Sabía que la literatura no vive sin el impreso, y tuve la irreverencia de escribir en



aquel pergamino de papel cartucho Ediciones Vigía".

Zaldívar asume que la mayor satisfacción de un editor es "que cada día alguien se arriesgue a poner en tus manos un inédito para que lo edites."

Admite que además de fascinante puede ser también muy difícil. "Con los años he ido aprendiendo que es un oficio con muchas aristas. Promotor, gestor, crítico, redactor. El editor es un intermediario entre el que escribe y el lector que debe recibir el texto de la mejor forma posible. Así asumo el oficio".

¿Cómo te las arreglas para salvar el "matrimonio" entre el autor y el editor?

"El editor tiene que estar prepara-

do para todos los amores y desamores, pero hay una fórmula: el respeto al autor, consagrado o novel, a su obra, y por supuesto, al lector".

¿Tu mejor libro editado, quizás donde haya alguna que otra experiencia personal?

"Siempre pienso en el primer libro voluminoso que edité: **Créditos de Charlot**, de Fina García Marruz. Me arriesgué a pedirselo porque vi unos poemas en una revista. Ante mi asombro, Fina conocía las ediciones de Vigía y me dijo: es muy largo para ustedes. No importa, le dije, nos arriesgamos. El libro ganó el Premio Nacional de la Crítica. Fue la primera vez que un libro artesanal y publicado en una editorial de provincia ganaba tal premio".

¿Se pueden descubrir las huellas de un editor como se descubren las de un autor?

"Creo que si se crea una línea editorial, un estilo de trabajo, un método, y más que una política editorial, una poética editorial, se puede conseguir. Ciertos escritores-editores lo han conseguido. El Lezama editor, del que se ha hablado poco, es un buen ejemplo. Las ediciones **Orígenes** tienen su traza".

Zaldívar ha publicado cinco libros de poesía, así como varias plaquettes en Vigía y el ensayo **Una piedra común en su camino**. Ahora trabaja en una novela sobre el mítico Seboruco y en un libro de poesía para niños. Vigía sacará

en febrero su cuaderno de prosas poéticas **Precipicios**.

¿Cómo consigues llevar tu trabajo de editor y el resto de tu obra?

"Desde afuera puede parecer una relación muy compatible pero el trabajo de editor, y sobre todo la gestión editorial, absorben casi todo mi tiempo. Solo la necesidad de escribir me sobrepone y entonces sale de apoco lo que sale".

¿Y a tu obra como escritor cuánto le ha aportado?

"Mucha exigencia. El editor que soy padece una deformación profesional. Siempre estoy "editando". Un día un amigo editor llegó a mi casa y me dijo: ¡Qué bien editada está esta casa!. Lo cierto es que resulta muy difícil escribir editándose, eso hace de mi labor de escritor una tortura. Todos mis textos se los doy a revisar a mis amigos escritores-editores".

¿Consideras que se trata de un oficio invisible, en el que se resaltan más los desaciertos que los logros?

"Creo que es un oficio bien anónimo. A veces ni los mismos escritores que saben cuánto trabajaste en el libro lo reconocen públicamente. Es cierto que si la obra es buena la apología es para el autor y que cuanto error aparezca es responsabilidad nuestra. Pero eso no me quita el sueño. Pobre del editor que no asuma que su trabajo es casi invisible".

estrenos
ICAIC



El filme cubano **La película de Ana**, dirigido por Daniel Díaz Torres y protagonizado por Laura de la Uz, Yuliet Cruz y Tomás Cao, se estrena en las salas Chaplin, Yara, Payret, Acapulco, Sala 1 del Multicine Infanta, Ambassador, Lido, Continental, Regla, Carral, Sierra Maestra, Patria, Los Ángeles y en los cines de estreno de provincias. Mientras, La Rampa exhibe la película italiana **Qué es lo que más quiero**, de Silvio Soldini, con las actuaciones de Alba Rohrwacher, Pierfrancesco Favino, y Teresa Saponangelo. Cuando la vida profesional y amorosa de una joven parece haber alcanzado la normalidad esperada, aparece en su camino un hombre que le muestra una cara diferente de la vida. Ambas películas, aptas para mayores de 16 años.



10 años, cinta norteamericana del director Jaime Linden, es la propuesta de la sala Riviera. Channing Tatum, Lucy Hale, Kate Mara, Rosario Dawson protagonizan la historia de un grupo de amigos que se reencuentran diez años después de haber dejado el bachillerato. Apta para mayores de 12 años.

El Multicine Infanta proyecta en la Sala 2 la cinta **El artista**, del director Michel Hazanavicius. Coproducida por Francia, Bélgica y Estados Unidos, cuenta con las actuaciones de Jean Dujardin, Bérénice Bejo, James Cromwell, John Goodman y Penelope Ann. **El verde**, película estadounidense de Steven Willford se presenta en la Sala 3, con las interpretaciones de Jason Butler Harker, Cheyenne Jackson, Ileana Douglas y Julia Ormond. Un profesor y su amigo se mudan cerca del mar en busca de tranquilidad. Su paz será destruida cuando uno de ellos es acusado de conducta inapropiada con un estudiante de la escuela local. Por su parte la Sala 4 propone el filme norteamericano **Salvajes**, del realizador Oliver Stone. Con un conocido elenco integrado por John Travolta, Salma Hayek, Benicio Del Toro, Taylor Kitsch y Blake Lively, la historia se centra en el arriesgado plan de rescate y venganza de dos jóvenes traficantes de drogas.

El largometraje estadounidense **Lo-co y estúpido amor**, de los directores Glenn Ficarra y John Requa, se presenta en el cine 23 y 12. Con las actuaciones de Steve Carell, Ryan Gosling, Julianne Moore y Emma Stone, la comedia cuenta los sucesos que vive Cal tras el fin de un matrimonio que creía perfecto.

La programación infantil anuncia el estreno nacional en el cine Yara de **Piratas de una loca aventura**; en el



Multicine Infanta, **Alvin y las ardillas 3**; en el Riviera, los cortos animados **Hansel y Gretel**, **Las dos princesas**, y **Cenicenta**; y en el cine 23 y 12, **Doraemon y los siete magos**.